

—No entiendo nada de eso, dijo la princesa: ¿qué hemos de hacer?

Propuse el medio de una estufilla con algunos pedazos de madera blanca: la princesa tiró de la campanilla, cuyo cordón caía detrás del sofá. Presentóse un ayuda de cámara, recibió las órdenes, y dispuso el aparato sobre la meseta á la puerta del salón. Levantóse la princesa, y fuimos á la estufilla. Pusimosla sobre una mesa contigua al pasamanos de la escalera, cogí una de las dos cartas, y la arrimé paralelamente á la llama. La delfina me miraba, y se sonreía, porque no obtenía yo resultado.

—«Dadme acá, dijo; voy á probar yo á mi vez.»

Pasó la carta por encima de la llama, y apareció la gran letra gruesa de la duquesa de Berry: igual operación se hizo con la segunda carta. Extraña escena: ¡la hija de Luis XVI descifrando conmigo en lo alto de una escalera en Carlsbad los caracteres misteriosos que la cautiva de Blaye enviaba á la cautiva del Temple!

Volvimos á sentarnos al salón. La delfina leyó la carta que le dirigían á ella. La duquesa de Berry daba gracias á su hermana por el interés que había mostrado en su infortunio, le recomendaba sus hijos, y ponía particularmente á su hijo bajo la tutela de las virtudes de su tía. La carta á los hijos era unas cuantas expresiones de ternura. La duquesa de Berry exhortaba á Enrique á hacerse digno de la Francia.

La delfina me dijo:

—«Mi hermana me hace justicia: mucho me ha conmovido sus penas, y mucho ha debido sufrir. Decidle que tomaré bajo mi cuidado al duque de Burdeos. Mucho le quiero. ¿Cómo le habeis encontrado? Goza de buena salud, ¿no es cierto? Es robusto, aunque un poco nervioso.»

Pasé dos horas en conferencia con la delfina, honor que solo ha podido obtenerse rara vez: ella parecía contenta. No habiéndome conocido nunca sino por informes enemigos, me creía sin duda un hombre violento, orgulloso con mi mérito: complaciase en ver que yo tenía figura humana y era un guapo hombre. Díjome con cordialidad:

—«Voy á pasearme para que me hagan provecho los baños: comeremos á las tres, y vendreis si no tenéis necesidad de acostaros. Quiero veros cuantas veces no os sirva de molestia.»

No sé á qué debía mi triunfo; pero seguramente la frialdad había desaparecido; la preocupación quedó borrada: aquellas miradas que se habían fijado en el Temple en los ojos de Luis XVI y de María Antonieta habían reposado con benevolencia sobre un pobre servidor.

Sin embargo, aun cuando había yo logrado inspirar confianza á la delfina, me sentía en extremo confuso: el temor de traspasar ciertos límites me quitaba hasta esa facultad de las cosas comunes que tenía al lado de Carlos X. Sea que yo no poseyese el secreto de extraer del alma de la princesa lo que había en ella de sublime; sea que el respeto que yo experimentaba cerrase el camino á la comunicación del pensamiento, ello era que sentía una esterilidad desconsoladora que procedía de mí.

A las tres estaba de vuelta en casa de la delfina. Encontré allí á la condesa Esterhazy y su hija, á Mad. de Agoult, á Mr. O'Hegerty, hijo, y á Mr. de Trogoff, los cuales tenían el honor de comer con la princesa. La condesa Esterhazy, bella en otro tiempo, se conserva todavía bien: en Roma había estado en relaciones con el duque de Blacas. Asegúrase que se mezcla en política é instruye al príncipe de Metternich de todo cuanto sabe. Cuando la princesa, al salir del Temple, fue enviada á Viena, encontró á la condesa Esterhazy, que llegó á ser su compañera. Notaba yo que ella escuchaba atentamente mis palabras, y al día siguiente tuvo la candidez de decir que

había pasado toda la noche escribiendo. Disponíase á marchar á Praga, en donde debía tener una entrevista secreta con Mr. de Blacas, en un sitio convenido: desde allí se dirigía á Viena. ¡Antiguas relaciones renovadas por el espionaje! ¡Qué asuntos y qué placeres! La señorita Esterhazy no es bonita, tiene el aire picante y maligno.

La vizcondesa de Agoult, devota hoy, es una persona importante de las que hay siembra en los gabinetes de las princesas. Ha encumbrado á su familia cuanto ha podido, dirigiéndose á todo el mundo, y particularmente á mí: he tenido la suerte de colocar á sus sobrinos, que eran tantos como los del difunto archi-canciller Cambacéres.

La comida fue tan mala y escasa, que salí muerto de hambre; sirviéronla en la misma sala de la delfina, porque esta no tenía comedor. Después de la comida, levantaron la mesa: la princesa volvió á sentarse en el sofá, continuó su labor, y formamos círculo alrededor. Trogoff contó historias, á lo que tiene afición la princesa. Ocupase especialmente de las mujeres. Tratóse de la duquesa de Guiche.

—«No le sientan bien las trenzas,» dijo la delfina con gran sorpresa mía.

Desde su sofá veía la primera por la ventana lo que pasaba por fuera, y nombraba á los que se paseaban. Llegaron dos pequeños caballos con dos jockeys vestidos á la escocesa: la delfina cesó de bordar, miró mucho, y dijo:

—«Es Mad... (he olvidado el nombre), que va á la montaña con sus hijos.»

María Teresa, curiosa y enterada de los hábitos de la vecindad, la princesa de los tronos y de los cadáveres descendida de la altura de su vida al nivel de las demás mujeres, me interesaba singularmente: observaba yo con una especie de enternecimiento filosófico.

A las cinco salió la delfina á pasear en carruaje: á las siete estaba yo de vuelta en la reunion. Igual posición: la princesa en el sofá, las personas de la mesa y cinco ó seis jóvenes y viejas bebedoras de agua, que ensanchaban el círculo. La delfina hacía esfuerzos felices, pero visibles, para ser afable, dirigiendo á cada cual una expresión. Háblome diferentes veces, afectando nombrarme para darme á conocer; pero entre cada frase volvía á caer en una distracción. Su aguja multiplicaba sus movimientos; su rostro se aproximaba á la labor; yo veía á la princesa de perfil, y no pudo menos de chocarme una semejanza siniestra: la princesa ha tomado el aire de su padre: cuando veía su cabeza como inclinada bajo el hacha del dolor, parecíame ver la de su padre aguardando la caída del hacha.

A las ocho y media terminó la reunion, y me acosté abrumado de sueño y de cansancio.

El viernes, 1.º de junio, estaba ya en pie á las cinco: á las seis me dirigí á Muhlenbad (baño del molino); los bebedores y bebedoras de agua se agrupaban alrededor de la fuente, y se paseaban bajo la galería de madera de columnas, ó en el jardín contiguo á aquella galería, llegó la delfina vestida con un mezquino traje de seda gris: llevaba en los hombros un chal usado, y en la cabeza un sombrero viejo. Parecía haber compuesto sus vestidos, como su madre, en la Conserjería. Su escudero, Mr. O'Hegerty, le daba el brazo. Mezclóse entre la multitud, y presentó su taza á las mujeres que cogen el agua del manantial. Nadie hacia alto en la condesa de Marne. Su abuela, María Teresa, construyó en 1762, la casa llamada del Muhlenbad, y dió también á Carlsbad las campanas que debían llamar á su nieta al pie de la cruz.

Habiendo entrado la delfina en el jardín, me adelanté hácia ella, y pareció sorprenderse de aquella galantería de cortesano. Rara vez me había yo levantado tan de mañana para las personas reales, á excep-

ción quizá del 13 de febrero de 1820, cuando fui á buscar al duque de Berry en la Opera. La princesa me permitió dar cinco ó seis vueltas al jardín, al lado suyo: habló con benevolencia, y me dijo que me recibiría á las dos, y me daría una carta. Separéme de ella por discreción, almorcé de prisa, y empleé el tiempo que me quedaba en recorrer el valle.

EPISODIOS. — MANANTIALES. — AGUAS MINERALES. — RECUERDOS HISTÓRICOS.

Carlsbad 1.º de junio de 1833.

Como francés no hallaba yo en Carlsbad mas que recuerdos penosos. Esta ciudad toma su nombre de Carlos IV, rey de Bohemia, que fué allí á curarse de tres heridas recibidas en Crécy, combatiendo al lado de su padre Juan. Lobkowitz dice que Juan fue muerto por un escocés, circunstancia ignorada de los historiadores.

Sed cum Gallorum fines et amica tuetur  
Arva; Caledonia cuspidate fossus obit.

«Mientras defendía los confines de las Galias y los campos amigos, muere atravesado por una lanza caledoniana.»

¿No habría puesto el poeta *Caledonia* por la cantidad? En 1340 estaba Eduardo en guerra con Roberto Bruce, y los escoceses eran aliados de Felipe.

La muerte de Juan de Bohemia el Ciego, en Crécy, es una de las aventuras mas heroicas é interesantes de la caballería. Juan quería ir á socorrer á su hijo Carlos, y dijo á su compañero:

—«Señores, sois amigos míos, y exijo de vosotros que me lleveis tan adelante que pueda herir con la espada. Ellos contestaron que lo harían de buen grado... El rey de Bohemia fué tan adelante, que dió estocadas, mas de cuatro, y combatió con mucho vigor, y así hicieron tambien los de su compañía; y con tal furia cayeron sobre los ingleses, que todos quedaron allí, y fueron hallados al día siguiente en el sitio alrededor de su señor y todos sus caballos atados juntos.»

No se sabe mas sino que Juan de Bohemia estaba enterrado en Montargis, en la iglesia de los dominicos, y que se leía sobre su tumba este resto de una inscripción borrada: «Murió á la cabeza de su gente, recomendándola juntamente á Dios el padre. Rogad á Dios por este suave rey.»

¡Ojalá que este recuerdo de un francés pueda expiar la ingratitud de la Francia cuando en los días de nuestras nuevas calamidades espantamos al cielo con nuestros sacrilegios, y arrojamos fuera de su tumba á un príncipe que murió por nosotros en los días de nuestros antiguos infortunios.

Cuentan las crónicas que en Carlsbad, estando de caza Carlos IV, hijo del rey Juan, uno de sus perros, que corría tras de un ciervo, cayó de lo alto de una colina en un estanque de agua hirviendo. Sus ahullidos hicieron acudir á los cazadores, y se descubrió el manantial del *Sprudel*. Un cochinito que se escaldó en las aguas de Toeplitz las indicó á unos pastores.

Tales son las tradiciones germánicas. Yo he pasado á Corinto: los restos del templo de las cortesanas se hallaban dispersos sobre las cenizas de Glycera; pero la fuente Pirene, nacida de las lágrimas de una ninfa, corría todavía entre las adelfas por donde volaba en el tiempo de las musas el caballo Pegaso. Las olas de un puerto sin buques bañaban unas columnas caídas, cuyo chapitel entraba en el mar como cabezas de jóvenes ahogadas tendidas en la arena: el mirto había brotado en sus cabelleras y reemplazaba la hoja de acanto: estas son las tradiciones de la Grecia.

Cuéntanse en Carlsbad ocho fuentes: la mas céle-

bre es el *Sprudel*, descubierta por el sabueso. Esta fuente brota de la tierra, entre la iglesia y el Teple, con un ruido hueco y un vapor blanco: salta en brinco irregulares, á seis ó siete piés de altura. Los manantiales de la Islandia son los únicos superiores al *Sprudel*; pero nadie va á buscar la salud á los desiertos del Hecla, en donde espira la vida; en donde el día del verano, saliendo del día, no tiene ocaso ni aurora; en donde la noche del invierno, que renace de la noche, carece de alba y crepúsculo.

El agua del *Sprudel* cuece los huevos, y sirve para lavar la vajilla: este hermoso fenómeno ha entrado al servicio de las mujeres de Carlsbad, imagen del génio que se degrada prestando su poder á obras viles.

Mr. Alejandro Dumas ha hecho una traducción libre de la oda latina de Lobkowitz sobre el *Sprudel*.

Fons heliconianum, etc.

«Fuente consagrada á los himnos del poeta, ¿cuál es el foco de tu secreto calor? ¿De dónde viene tu agua, ardiente de azufre y cal? La llama con que el Etna no abrasa las nubes, ¿se abre, acaso, hácia tí por caminos ignorados, ó vecina de la Estigia hace esta hervir tus aguas?»

Carlsbad es el punto ordinario de reunion de los soberanos! debieran curarse allí bien de la corona por ellos y por nosotros.

Todos los días se publica una lista de los que van á visitar el *Sprudel*: en las antiguas listas se leen los nombres de los poetas y literatos mas ilustrados del Norte, Garowsky, Dunker, Weisse, Herder, Goethe: hubiera deseado encontrar entre ellos á Schiller, objeto de mi preferencia. En la hoja del día, entre la multitud de los visitantes oscuros, se lee el nombre de la CONDESA DE MARNE: es el único que está impreso en versalitas.

En 1830, en el momento mismo de la caída de la familia real en Saint-Cloud, la viuda y los hijos de Cristóbal tomaban las aguas en Carlsbad. SS. MM. haitianas se retiraron á Toscana al lado de las magestades napoleónicas. La hija menor del rey Cristóbal, muy instruida y muy linda, murió en Pisa; su belleza de ébano descansa libre bajo los pórticos del campo santo, lejos del campo de cañas y nópalos á cuya sombra había nacido.

En 1826 se vió en Carlsbad á una inglesa de Calcuta que pasó de la higuera baniana al olivo de Bohemia, del sol del Ganges al del Teple; extingúase como un rayo del cielo indio perdido en el frío y la noche. El espectáculo de los cementerios en los sitios consagrados á la salud es melancólico; allí dormitan jóvenes extrañas unas á otras; sobre sus tumbas están grabados el número de sus días y la indicación de su patria; se figura uno recorrer un invernadero, en donde se cultivan las flores de todos los climas, y cuyos nombres están escritos en una targeta al pié de aquellas.

La legislación indígena ha acudido á las necesidades de la muerte exótica; previendo el fallecimiento de los viajeros lejos de sus países, ha permitido de antemano las exhumaciones. Yo hubiera podido, pues, dormir en el cementerio de San Andrés una docena de años, y nada habría embarazado las disposiciones testamentarias de estas *Memorias*. Si la delfina muriese aquí, ¿permitirían las leyes francesas el regreso de sus cenizas? Este sería un punto delicado de controversia con los sorbonistas de la doctrina y los casuistas de proserpción.

Asegúrase que las aguas de Carlsbad. son buenas para el hígado y malas para los dientes. En cuanto al hígado nada sé; pero hay muchos sin dientes en Carlsbad: quizá los años mas que las aguas son los culpables del hecho: el tiempo es un insigne embusteró y un gran sacador de muelas.

¿No parece que vuelvo á principiar la obra maestra de un desconocido? Una palabra me lleva á otra: me voy á Islandia y á las Indias.

«Hé aquí los Apeninos y aquí el Cáucaso.»

Y sin embargo, no he salido todavía del valle del Teple.

CONTINUACION DE LOS EPISODIOS.—VALLE DEL TEPLÉ.—  
SU FLORESTA.

Para dominar á un golpe de vista el valle del Teple, subí una colina al través de un bosque de pinos: las columnas perpendiculares de esos árboles formaban un ángulo agudo con el suelo inclinado: los unos tenían sus cimas, las dos terceras partes, la mitad ó la cuarta parte de su tronco, en donde los otros tenían sus raíces.

Siempre me agradarán los bosques: la floresta de Carlsbad, cuya brisa había bordado los céspedes á mi paso, me parecía encantadora: encontraba allí el cárice digitado, la belladona comun, el hipericon, el suelto lirio, el sauce ceniciento, dulces asuntos de mis primeras antologías.

Mi juventud viene á colgar sus reminiscencias á los tallos de aquellas plantas que reconozco al pasar. ¿Se recuerdan mis estudios botánicos entre los siminolas, mis enoteros, mis ninfeas, con que adornaba yo á mis floridianas, las guirnaldas de clemátides con que enlazaban estas á la tortuga, nuestro sueño en la isla á orillas del lago, y la lluvia de rosas del magnolia que caía sobre nuestras cabezas?

No me atrevo á calcular la edad que tendría ahora mi voluble *niña pintada*: ¿qué recogería yo hoy de su frente? Las arrugas que se hallan delineadas en la mía. ¡Sin duda duerme para siempre bajo las raíces de algun ciprés del Alabama, y yo que llevo en mi memoria estos recuerdos lejanos, solitarios, ignorados, vivo todavía! Estoy en Bohemia, no con Atala y Celuta, sino al lado de la delfina, que va á darme una carta para la duquesa de Berry.

ÚLTIMA CONVERSACION CON LA DELFINA.—MARCHA.

A la una estaba yo á las órdenes de la delfina.

—«¿Queréis marchar hoy, Mr. de Chateaubriand?»

—«Si V. M. me lo permite. Trataré de ver en Francia á Mad. de Berry; de otro modo me vería obligado á hacer el viaje de Sicilia, y S. A. R. estaría privada por demasiado tiempo de la respuesta que espera.»

—«Aquí teneis un billete para ella. He procurado no nombraros, para no comprometeros en cualquier evento. Leed...»

Leí el billete, el cual estaba escrito todo de mano de la delfina. Lo he copiado exactamente.

Carlsbad 51 de mayo de 1835.

He tenido una verdadera satisfacción, mi querida hermana, en recibir al fin directamente noticias vuestras. Os compadezco con toda mi alma. Contad siempre con mi constante interés hacia vos, y especialmente hacia vuestros queridos hijos, que son para mí mas preciosos ahora que nunca. En tanto que viva consagraré á ellos mi existencia. Todavía no he podido hacer vuestros encargos á nuestra familia, por haber exigido mi salud que viniese aquí á tomar las aguas. Pero quedo en hacerlos tan luego como vuelva, y creed que tanto la familia como yo no tendremos jamás sino unos mismos sentimientos sobre todo.

«A dios, mi querida hermana; os compadezco con todo mi corazón, y os abrazo tiernamente.»

«M. T.»

Chocóme la reserva de este billete; algunas expre-

siones vagas de afecto encubrian mal la sequedad del fondo. Hice sobre ello mis respetuosas observaciones, y defendí nuevamente la causa de la infortunada cautiva. La princesa me respondió que el rey decidiría de ella, y me prometió interesarse por su hermana; pero no había nada de cordial ni en la voz ni en el acento de la delfina; mas bien se traslucía en ella una irritación contenida. Parecióme pérdida la partida en cuanto á la persona de mi cliente. Entonces volví á la carga sobre Enrique V. Creí deber á la princesa la sinceridad que había usado siempre por mi cuenta y riesgo para ilustrar á los Borbones, y le hablé sin rodeos ni lisonja de la educación del duque de Burdeos.

—«¿Se que habeis leído con benevolencia un folleto á cuyo final expresaba yo algunas ideas relativas á la educación de Enrique V. Temo que los que rodean al príncipe perjudiquen á su causa. MM. de Damas, de Blacas y Latil no son populares.»

La princesa convino en ello, y hasta abandonó enteramente á Mr. de Damas, diciendo dos ó tres palabras en honor de su valor, de su probidad y de su religión.

—«En el mes de setiembre será Enrique V mayor de edad. ¿No creéis que fuese útil formar al lado suyo un consejo, en el que se hiciese entrar á hombres que la Francia mira con menos prevención?»

—«Mr. de Chateaubriand, multiplicando los consejeros se multiplica los consejos: y luego, ¿á quién propondría para la elección del rey?»

—«A Mr. de Villele.»

La princesa, que estaba bordando, se detuvo; me miró con asombro, y me dejó admirado á mi vez con la crítica bastante sensata que hizo del carácter y talento de Mr. de Villele. Ella no le consideraba sino como un hábil administrador.

—«Sois demasiado severa, le dije; Mr. de Villele es hombre de orden, de contabilidad, de moderación, de sangre fría, y cuyos recursos son infinitos: si no hubiese tenido la ambición de ocupar el primer puesto, para el que no tiene la suficiente capacidad, habría sido un ministro de los que se debían guardar eternamente en el consejo del rey: nadie podría reemplazarle. Su presencia al lado de Enrique V sería del mejor efecto.»

—«Creía que no os gustase Mr. de Villele.»

—«Me despreciaría altamente si despues del hundimiento del trono continuase alimentando sentimientos de una rivalidad mezquina. Nuestras divisiones realistas han causado ya demasiados males; las abjuro con todo mi corazón, y estoy dispuesto á pedir perdón á los que me han ofendido. Suplico á V. M. que no crea ser esto ni ostentación de una falsa generosidad, ni una piedra puesta con la prevision de una fortuna futura. ¿que podría yo pedir á Carlos X en el destierro? Si llega la restauración, ¿no será cuando esté yo ya en la tumba?»

La princesa me miró afablemente, y tuvo la bondad de elogiarme con estas solas palabras.

—«Muy bien, Mr. de Chateaubriand.»

Parecía admirada siempre de encontrar un Chateaubriand tan diferente del que le habían pintado.

—«Hay otra persona, señora, continúe, á quien también se podría llamar: mi noble amigo Mr. Lainé. Eramos tres hombres en Francia, que jamás debíamos prestar juramento á Felipe: yo, Mr. Lainé y Mr. Royer-Collard. Fuera del gobierno, y en posiciones distintas, habríamos formado un triunvirato de algun valor. Mr. Lainé ha prestado juramento por debilidad; Mr. Royer-Collard por orgullo: el primero morirá por ello, el segundo vivirá, porque vive de todo lo que hace, no pudiendo hacer nada que no sea admirable.»

—«¿Habeis que lado contento del duque de Burdeos?»

—«Le he encontrado encantador. Se asegura que S. M. lo mima un poco.»

—«¡Oh! No, no. ¿Y su salud qué tal os ha parecido?»

—«Me parece que está bueno; pero está delicado y algo pálido.»

—«Con frecuencia suele tener buen color; pero es nervioso. El delfin es muy estimado en el ejército, ¿no es cierto?... y se acuerdan mucho de él, ¿no es verdad?»

Esta brusca pregunta, sin relacion con lo que acabábamos de hablar, me reveló una llaga secreta que las jornadas de Saint-Cloud y de Rambouillet habían dejado en el corazón de la delfina. Esta imbocaba el nombre de su marido para tranquilizarse, y yo salí al encuentro al pensamiento de la princesa y de la esposa. Afirmé con razon que el ejército se acordaba siempre de la imparcialidad, de las virtudes y del valor de su generalísimo.

Viendo que se acercaba la hora de pasear:

—«¿Tiene V. M. algo mas que mandarme? Temo ser importuno.»

—«Decid á vuestros amigos cuánto amo á la Francia; que sepan bien que yo soy francesa. Os encargo particularmente que digais eso, y me dareis un placer en hacerlo: ¡jecho mucho de menos á la Francia, mucho!»

—«¡Ah, señora! ¿Pues qué os ha hecho esa Francia? Vos, que tanto habeis sufrido, ¿cómo podeis tener todavía el mal del país?»

—«No, no, Mr. de Chateaubriand: no lo olvideis: decid á todos que soy francesa, que soy francesa.»

Separóse de mí la princesa, y me vi obligado á detenerme en la escalera antes de salir. No me hubiera atrevido á presentarme en la calle, pues todavía bañan las lágrimas mis párpados al bosquejar esta escena.

Luego que llegué á mi casa, volví á tomar mi traje de camino. Mientras que disponian el carruaje, charlaba Trogoff y me repetía que la delfina estaba muy contenta de mí; que no lo ocultaba, y lo decía á todo el mundo.

—«¡Vuestro viaje es una cosa inmensa! gritaba Trogoff esforzándose en dominar la voz de sus dos ruiseñores. ¡Ya vereis sus consecuencias!»

Yo no creía que tuviese ninguna.

No me faltaba razon: aquella misma tarde se aguardaba al duque de Burdeos. Aun cuando todo el mundo lo sabia, se me había hecho de ello un misterio. Yo me guardé bien de parecer enterado del secreto.

A las seis de la tarde caminaba yo hacia París. Cualquiera que sea la inmensidad del infortunio en Praga, la pequeñez de la vida de príncipe, reducida á sí misma, es ingrata de apurar: para beber la última gota de ella es preciso haber quemado su palacio y haberse embriagado de una fe ardiente. ¡Ayl! ¡Nuevo Simacro, lloro el abandono de los altares, levanto las manos hacia el Capitolio, invoco la magestad de Roma! Pero ¿y si el Dios fuese de palo y Roma no se reanimase ya en su polvo?»

DIARIO DE CARLSBAD Á PARIS.—CINTIA.—EGRA.—  
WALLENSTEIN.

Junio 1.º por la noche, 1835.

El camino de Carlsbad hasta Ellbogen, á lo largo de Egra, es agradable. El palacio de esta pequeña ciudad es del siglo duodécimo, y está situado á modo de centinela sobre una roca á la entrada de la garganta de un valle. El pié de la roca, cubierta de árboles, se envuelve en un pliegue del Egra, y de ahí procede el nombre de la ciudad y del palacio *Ellbogen* (el codo). La torre se enrojecia con el último rayo de sol cuando la divisé desde el camino. Por encima de las montañas y de los bosques se inclinaba la torneada columna de humo de una fábrica de fundición.

A las nueve y media salí de la parada de Zwoda. Seguía el camino por donde pasó Vauvenargues en la retirada de Praga; aquel joven, á quien Voltaire, en el elogio fúnebre de los oficiales muertos en 1741, dirige estas palabras:

«¡Ya no existes, oh dulce esperanza del resto de mis días! Te he visto siempre el mas desgraciado de los hombres y el mas tranquilo.»

Desde el interior de mi carruaje miraba aparecer las estrellas.

No tengais miedo, Cintia: no es mas que el susurro de los cañaverales, inclinados al pasar nosotros por su selva movable. Tengo un puñal para los celosos y sangre para tí. Que ese sepulcro no os cause el menor espanto; es el de una mujer, amada en otro tiempo como vos: Cecilia Metella descansaba allí.

«¡Qué admirable es esta noche en la campiña romana! La luna se levanta detras de la Sabina para mirar al mar, y hace salir de las tinieblas diafnas las cimas cenicientas de azul de Albano, las líneas mas lejanas y menos grabadas del Soracte. El largo canal de los antiguos acueductos deja escapar algunos glóbulos de su onda á través de los musgos, las aguilas, los alhelies, y une las montañas á las murallas de la ciudad. Colocados los pórticos aéreos unos sobre otros, al destacarse sobre el cielo pasean en los aires el torrente de las edades y el curso de los arroyos. Roma, legisladora del mundo, sentada sobre la losa de su sepulcro con su manto de siglos, proyecta el contorno irregular de su gran figura en la soledad lactea.»

Sentémonos: este pino, como el pastor de los Abruzzos, despliega su quitasol entre ruinas. La luna derrama copiosamente su luz sobre la corona gótica de la torre del sepulcro de Metella y sobre los festones de mármol encadenados de una á otra punta: pompa elegante que nos invita á gozar de la vida que pasa tan pronto.

—«¡Escuchad! la ninfa Egeria canta á orillas de su fuente: el ruiseñor se hace oír en la viña del hipogeo de los Escipiones: la brisa lánguida de la Siria nos trae indolentemente el olor de las tuberosas silvestres. La palmera de la quinta abandonada se une medio anegada en el amatista y azul de los esplendores febeos. Pero tú, ¡oh Cintia! iluminada por los reflejos del candor de Diana, eres mil veces mas graciosa que esa palmera.»

Los manes de Delia, de Lalage, de Lidia, de Lesbía, puestos sobre cornisas carcomidas, tartamudean enrededor tuyo palabras misteriosas. Tus miradas se cruzan con las de las estrellas y se mezclan á sus rayos.

Pero, Cintia, no hay de verdad más que la felicidad de que puedes gozar. Esas constelaciones tan brillantes sobre tu cabeza no se armonizan con tus felicidades, sino por la ilusiu de una perspectiva engañosa. ¡Jóven italiana, el tiempo huye; tus compañeras han pasado ya sobre esta alfombra de flores!

Despréndese un vapor, sube y envuelve el ojo de la noche con una retina plateada; el pelicano grita y vuelve á las playas; la chocha perdiz se abate sobre las colas de caballo de los manantiales adiamantados; suena la campana bajo la cúpula de San Pedro; el canto llano nocturno, voz de la edad media, entristece el monasterio aislado de Santa Cruz; el monge salmodia de rodillas los laudes sobre las columnas calcinadas de San Pablo, prosternándose las vestales sobre la helada losa que cierra sus criptas; el *pifferaro* exhala su queja de media noche delante de la madona solitaria á la puerta condenada de una catacumba. ¡Hora de la melancolía; la religion se despierta y el amor se duerme!

Cintia, tu voz se debilita, y espira en tus labios la

cancion que te enseñó el pescador napolitano en su velera barca, ó el remero veneciano en su góndola ligera. Vete á descansar: yo protegeré tu sueño. La noche, de la que tus párpados cubren tus ojos, lucha en suavidad con la que la Italia adormecida y perfumada derrama sobre tu frente. Cuando el relinchar de nuestros caballos se haga oír en el campo; cuando la estrella de la mañana anuncie el alba, el pastor de Frascati bajará con sus cabras, y yo cesaré de mercede con mi cancion suspirada á media voz:

«Un haz de jazmines y narcisos, una Hebe de alabastro, sacada recientemente de una excavacion ó caída del fronton de un templo, yace, bajo este lecho de anémonas: no, musa; te engañas. El jazmin, la Hebe de alabastro es una maga de Roma nacida hace diez y seis meses de mayo y la mitad de una primavera, al sonido de la lira, al despuntar la aurora en un campo de rosas de *Pæstum*.

«Viento de los naranjos de Palermo que soplas sobre la isla de Circe; brisa que pasas por la tumba del Tasso, que acaricias á las ninfas y los amores de la Farnesina; tú, que juegas en el Vaticano entre las vírgenes de Rafael, las estatuas de las musas; tú que mojas tus alas en las cascadas de Tiboli: genios de las artes, que vivís de obras maestras y revoloteáis con los recuerdos, venid: á vosotros solos os permito inspirar el sueño de Cintia.

«Y vosotras, hijas magestuosas de Pitágoras; Parcas vestidas de lino; hermanas inevitables sentadas en los ejes de las esferas, liad el hilo de los destinos de Cintia en husos de oro; hacedlos bajar de vuestros dedos y subir á vuestra mano con inefable armonía; hilanderas inmortales, abrid la puerta de marfil á esos sueños que descansan sobre el seno de una mujer sin oprimirla. Yo te cantaré, ¡oh canéfora de las solemnidades romanas! joven Gracia, alimentada de ambrosía en el regazo de Venus; sonrisa enviada del Oriente para dulcificar mi vida; violeta olvidada en el jardín de Horacio. . . . .

—«*Mein Her! diez kreutzer por la barrera.*»

«Anda vete al diablo con tus kreutzer! ¡Yo habia cambiado de cielo! ¡Y estaba en tan buena disposición! ¡No volverá ya la musa! Ese maldito Egra, adonde llegamos, tiene la culpa de mi desgracia.

Las noches son funestas en Egra. Schiller nos presenta á Wallenstein verdido por sus cómplices, adelantándose hácia la ventana de un salon de la fortaleza de Egra: —«El cielo, dice, está nublado y tormentoso; el viento agita el estandarte colocado en la torre; las nubes pasan con rapidez sobre la media luna, que despiende al través de la noche una luz vacilante é incierta.»

Wallenstein, en el momento de ser asesinado, se enterneció por la muerte de Max Piccolomini, amado de Tecla: —«La flor de mi vida ha desaparecido: él estaba á mi lado como la imagen de mi juventud: él cambiaba para mí la realidad en un hermoso sueño.»

Wallenstein se retira al sitio de su descanso: —«La noche está avanzada; no se oye mas movimiento en el palacio: vamos, que me alumbren; cuidad de que no me despierten muy tarde; juzgo que voy á dormir mucho tiempo, porque las pruebas de hoy han sido rudas.»

El puñal de los asesinos arranca á Wallenstein á los ensueños de ambicion, como la voz del encargado de la barrera puso fin á mi ensueño de amor. Y Schiller y Benjamin Constant (que dió pruebas de un nuevo talento, imitando al trágico alemán) han ido á reunirse con Wallenstein, mientras que yo recuerdo á las puertas de Egra su triple fama.

WEISSENSTADT.—LA VIAJERA.—BERNECK Y RECUERDOS.—BAIREUTH.—VOLTAIRE.—HOLTFELD.—IGLESIA.—LA NIÑA DE LA BANASTA.—EL POSADERO Y SU CRIADA.

2 de junio de 1835.

Atravieso á Egra, y el 2 de junio, al amanecer, entro en Baviera; una muchachona roja, con los piés y la cabeza al aire, vino á abrirme la barrera como el Austria en persona. Continúa el frío; la yerba de los fosos se halla cubierta de escarcha; de las matas de avena salen zorras mojadas; por el cielo cruzan nubes cenicientas recortadas, de grande envergadura, como alas de águila.

A las nueve de la mañana llego á Weissenstadt, al mismo tiempo que una especie de calesero conducía á una joven peinada simplemente con sus cabellos; esta parecia ser lo que probablemente era: alegría, breve fortuna de amor, y luego el hospital y la fosa comun. ¡Placer errante, que el cielo no sea demasiado severo en tus escenas! ¡Hay en el mundo tantos actores peores que tú!

Antes de entrar en la aldea crucé eriales.

Después de Weissenstadt viene Berneck. Al salir de Berneck está el camino costado de álamos, cuyo verde espiral me inspiraba cierto sentimiento mezclado de placer y de tristeza. Registrando en mi memoria, recordé que se asemejaban á los álamos que costeaban en otro tiempo el camino del lado de París á la entrada de Villeneuve-sur-Yonne. Mad. de Beaumont ya no existe; Mr. Joubert tampoco; los álamos han sido arrancados, y después de la cuarta caída de la monarquía, paso al pié de los álamos de Berneck: «*Dadme*, dice San Agustín, un hombre que ame, y comprenderá lo que digo.»

La juventud se rie de esos cálculos: ella es encantadora, feliz: en vano se le anuncia el momento en que probará semejantes amarguras: sacude sus alas, y se va ligera á los placeres: hace bien, si muere con ellos.

Aquí está Baireuth, reminiscencia de otra especie. Esta ciudad está situada en medio de una honda llanura mezclada de cereales y yerbas: las calles son anchas, las casas bajas, la poblacion débil. En tiempo de Voltaire y de Federico II, la margrave de Baireuth era célebre: su muerte inspiró al cantor de Ferney la única oda en que mostró algun talento lírico:

«No cantarás ya mas, solitario Silandro, en este palacio de las artes, en donde se hacían oír los ecos de tu voz contra las preocupaciones, haciendo hablar á los derechos de la humanidad.»

El poeta se elogia aquí justamente, á excepcion de que nada habia menos solitario en el mundo que Voltaire-Silandro. El poeta añade, dirigiéndose á la margrave:

«Desde las tranquilas alturas de la filosofía, tu piedad contemplaba con ojos serenos los fantasmas variables del sueño de la vida, tantas ilusiones destruidas, tantos proyectos tan vanos.»

Desde lo alto de un palacio es fácil contemplar con ojos serenos á los pobres diablos que pasan por la calle pero no por eso tienen estos versos menos poderosa razon... ¿Quién puede decirlo mejor que yo? ¡He visto desfilar tantos fantasmas entre los sueños de la vida! En este mismo momento, ¿no vengo de contemplar á las tres larvas reales del palacio de Praga, y á la hija de María Antonieta en Carlsbad? En 1733, hace justo un siglo, ¿de qué se ocupaban aquí? ¿Se tenia la menor idea de lo que es hoy? Cuando Federico se

casaba en 1733, bajo la pesada tutela de su padre, ¿habia visto en Mateo Laemberg á Mr. de Tournon, intendente de Baireuth, el cual dejó esta intendencia por la prefectura de Roma? En 1933, el viajero que pase por Franconia preguntará á mi sombra si hubiera podido yo adivinar los hechos de que será él testigo.

Mientras que estaba almorzando, leí unas lecciones que una dama alemana, joven y linda por fuerza, escribía dictándole el maestro.

«El que está contento es rico. Vos y yo tenemos poco dinero, pero estamos contentos, de consiguiente somos, en mi sentir, mas ricos que otro que tenga un barril de oro, y así es.»

Verdad es, señorita; vos y yo tenemos poco dinero: vos estais contenta, á lo que parece, y os burlais de un barril de oro; pero si por casualidad yo no lo estuviese, convendreis en que un barril de oro podria serme bastante grato.

Al salir de Baireuth hay que subir. Delgados pinos de pocas ramas me representaban las columnas de la mezquita del Cairo ó de la catedral de Córdoba, pero achicadas y ennegrecidas como un paisaje reproducido en la cámara oscura. El camino continúa de sotos en sotos y de valles en valles: los sotos anchos con un moño de arbustos en la frente; los valles estrechos y verdes, pero poco regados. En el punto mas bajo de estos valles hay una pequeña aldea, indicada por el esquilon de una iglesia. Toda la civilizacion cristiana se ha formado así: el misionero hecho cura se detuvo: los bárbaros se acantonaron á su alrededor: los rebaños se agrupan en torno del pastor. En otro tiempo, aquellos sitios apartados me habrian hecho soñar en muchas cosas: hoy nada sueño ni estoy bien en ninguna parte.

Bautista, que padecía por efecto de un exceso de fatiga, me obligó á detenerme en Hohlfeld. Mientras se disponia la comida, subí á la roca que domina una parte de la aldea. Sobre aquella roca se prolonga una torre cuadrada, por junto á cuyo techo y paredes pasaban chillando los vencejos. Desde mi infancia en Comourg, esta escena, compuesta de algunos pájaros y de una vieja torre, no se habia reproducido, y se me oprimió el corazón. Bajé á la iglesia por un terreno pendiente al Oeste: estaba aquella rodeada de su cementerio, abandonado de nuevos difuntos. Los antiguos muertos no han hecho mas que trazar allí sus surcos, prueba de que han labrado su campo. El sol poniente, pálido y huido en el horizonte de un plantío de abetos, iluminaba aquel solitario asilo, en donde no habia mas hombre en pié que yo. ¿Cuándo me tocará la vez de estar echado? Seres de la nada y de tinieblas, nuestra impotencia y nuestro poder se hallan fuertemente caracterizados: no podemos procurarnos á nuestro antojo luz ni vida; pero la naturaleza, al darnos párpados y una mano, ha puesto á nuestra disposicion la noche y la muerte.

Después de entrar en la iglesia, cuya puerta estaba medio abierta, me arrodillé con la intencion de rezar un *Padrenuestro* y un *Avemaria* por el descanso del alma de mi madre; servicios de inmortalidad impuestos á las almas cristianas en su mútua ternura. Figuróseme que oia abrir la portezuela de un confesonario, y creí que en la regilla de la penitencia iba á aparecer la muerte en lugar de un sacerdote. En el mismo momento vino el campanero á cerrar la puerta de la iglesia, y solo tuve el tiempo necesario para salir.

Al volver á la posada encontré una muchacha con su banasta: iba con las piernas y piés desnudos: era corto su vestido, y llevaba el jubon desgarrado: caminaba encorvada y con los brazos cruzados. Subiamos juntos un camino escarpado, y ella volvia un tanto hácia mí su rostro macilento. Su linda cabeza, des-

melenada, iba pegada á su banasta: sus ojos eran negros; su boca se entreabria para respirar: conocíase que bajo sus hombros cargados, su joven seno no habia sentido aun mas peso que el de los despojos de los verjeles. Inspiraba deseos de decirle rosas: *Poda m'ei rekas.* (Aristófanes).

Púseme á sacar el horóscopo de la adolescente vendimiadora: ¿envejecerá en el lagar, madre de familia oscura y feliz? ¿Será llevada á los campamentos por algun cabo? ¿Llegará á ser presa de algun don Juan? La aldeana robada ama á su raptor, tanto de sorpresa como de amor: él la transporta á un palacio de mármol, sobre el estrecho de Messina, bajo una palmera, á orillas de una fuente, enfrente del mar, que despliega sus olas de azul, y del Etna que vomita llamas.

En este punto me hallaba de mi historia, cuando mi compañera, volviendo á la izquierda sobre una gran plaza, se dirigió hácia algunas casas aisladas. En el momento de desaparecer, se detuvo, echó una mirada sobre el extranjero, y en seguida, inclinando su cabeza para pasar con su banasta por una puerta baja, entró en una cabaña, como un gatillo montés se desliza en una quinta entre haces de verba. Vamos á hallar de nuevo en su prision á S. A. R. la duquesa de Berry.

«Yo la seguí; pero lloré de no poder seguir ya mas que á ella.»

Mi posadero de Hohlfeld es un hombre singular; él y su criada son posaderos contra todo su gusto: tienen horror á los viajeros. Cuando descubren de lejos un carruaje, van á ocultarse maldiciendo á esos vagabundos que no tienen nada que hacer y recorren los caminos reales; á esos holgazanes que incomodan á un honrado tabernero y le impiden beber el vino que está obligado á venderles. La vieja ve bien que su amo se arruina; pero aguarda para él un golpe de la Providencia, y dirá como Sancho: —«Señor aceptad ese hermoso reino de Micomicón que os cae del cielo.»

Pasado el primer impulso de mal humor, la pareja, vacilando entre dos vinos, pone buena cara. La moza de servicio desuella un poco el francés, tiene un mirar bízco, y parece decir: —«He visto tambien otros majos en los ejércitos de Napoleon.» Oíase la pipa y el aguardiente como la gloria en el vivac, y echábase una mirada provocativa y maligna: ¡qué dulce es verse uno amado en el momento en que no tenia esperanzas de serlo! Pero, Javotte, llegas demasiado tarde á mis tentaciones rotas y mortificadas, como hablaba un antiguo francés; mi sentencia está dictada: —«Anciano armonioso, descansa,» me ha dicho Mr. Lherminier. Ya lo veis, benévola extranjera; me está prohibido escuchar vuestra cancion:

«Vivandera del regimiento, me llaman Javotte. Vendo, doy y bebo alegremente mi vino y mis géneros: tengo el pié ligero y la mirada traviesa.»

Por eso me niego á vuestras seducciones: sois ligera y me haríais traicion. ¡Volad, pues, Javotte de Baviera, como vuestra antepasada, Mad. Isabel!

BAMBERG.—UNA JOROBADA.—WUTZBOURG.—SUS CANÓNICOS.—UN BORRACHO.—LA GOLONDRINA.

2 de junio de 1835.

Sali de Hohlfeld, y era ya de noche cuando crucé por Bamberg. Todo dormía; y no ví mas que una pequeña luz, cuya débil claridad hacia palidecer desde el fondo de un cuarto el hueco de una ventana. ¿Quién vela allí? ¿El placer ó el dolor? ¿El amor ó la muerte?

En Bamberg, en 1813, Berthier, príncipe de Neufchatel, se cayó de un balcón á la calle: su amo iba á caer de mas arriba.

Domingo 2 de junio.

En Dettelbach vuelven á aparecer viñedos: cuatro vegetales señalan el límite de cuatro naturalezas y cuatro climas: el abedul, la viña, el olivo y la palmera, caminando siempre hácia el sol.

Después de Dettelbach, dos paradas hasta Wutzbourg, y una jorobada sentada detrás de mi carruaje: era la Adriana de Terencio: *inopia egregia forma, etate integra*. El postillon quiso hacerla bajar, y yo me opuse, por dos razones: primera, porque temia que aquella hechicera me hiciese mal de ojo; y segunda, porque habiendo leído en una biografía que soy jorobado, todas las jorobadas son hermanas mías. ¿Quién puede estar seguro de no ser jorobado? ¿Quién os dirá nunca que lo sois? Si os mirais al espejo, nada vereis: ¿se ve uno acaso tal como es? Siempre encontrareis en vuestro cuerpo un aire que os sienta mara villosamente. Todos los jorobados son orgullosos y felices: la canción consagra las ventajas de la joroba. A la entrada de un sendero, mi jorobada echó pié á tierra magistuosamente: cargada con su peso como todos los mortales, serpenteando, se internó en un campo de trigo y desapareció entre las espigas mas altas que ella.

El 2 de junio al medio día llegué á la cumbre de una colina, desde donde se descubria á Wutzbourg, la ciudadela en una eminencia, y abajo la ciudad, con su palacio, sus campanas y sus torrecillas. El palacio, aunque amazacotado, seria bello, aun en Florencia: en caso de lluvia podría el príncipe poner á sus súbditos á cubierto en su palacio, sin tenerles que ceder su habitación.

El obispo de Wutzbourg era en otro tiempo soberano de nombramiento de los canónigos del cabildo. Después de elegido pasaba desnudo hasta la cintura por entre sus compañeros, colocados en dos filas, y los cuales le azotaban. Esperábase que los príncipes, en vista de semejante método de consagrar una espada real, renunciarían á ponerse en sus filas. Hoy seria inútil ese expediente: no hay descendiente de Carlo-Magno que no se dejase azotar tres días seguidos por obtener la corona de Yvetot.

He visto al hermano del emperador de Austria, duque de Wutzbourg: cantaba muy bien en Fontainebleau en la galería de Francisco I, en los conciertos de la emperatriz Josefina...

Schwartz ha estado detenido dos horas en la oficina de pasaportes. Habiéndome quedado con mi carruaje delante de una iglesia, entré en ella: allí oré con la muchedumbre cristiana, que representa la antigua sociedad en medio de la nueva. Salí una procesion, y dió la vuelta á la iglesia. ¡Que no fuese yo monge en las murallas de Roma! Así se cumplirían en mí los tiempos á que pertenezco.

Cuando germinaron en mi alma las primeras semillas de la religion, me abria yo como una tierra virgen que, desembarazada de sus malezas, ostenta su primera cosecha. Vino una brisa árida y helada, y la tierra se secó. El cielo tuvo piedad de ella, y le devolvió sus templados rocios: luego sopló de nuevo la brisa. Esta alternativa de duda y de fe ha hecho por largo tiempo de mi vida una mezcla de desesperacion y de inefables delicias. ¡Mi buena y santa madre, rogad por mí á Jesucristo! ¡Vuestro hijo necesita ser rescatado mas que ningun otro hombre!

A las cuatro salí de Wutzbourg y tomé el camino de Manheim. Entro en el ducado de Baden por un villorrio insignificante: un borracho me alarga su mano, gritando ¡viva el emperador! Todo lo que ha pasado desde la caída de Napoleon es en Alemania como si no

hubiera sucedido. Esos hombres que se levantaron para arrancar su independencia nacional á la ambición de Bonaparte no sueñan mas que en él: tanto ha conmovido la imaginacion de los pueblos, desde los beduinos bajo sus tiendas, hasta á los teutones en sus chozas.

Conforme iba acercándome á Francia, los chicos eran mas bulliciosos en las aldeas; los postillones corrian mas; la vida renacia.

En Bischofsheim, donde comí, se presentó á mi mesa una linda curiosa: una golondrina, verdadera Procne, de pecho colorado, vino á posarse en mi ventana abierta, sobre la barra de hierro que sostenia la muestra del *Sol de Oro*: en seguida se puso á cantar dulcísimo, mirándome como á un conocido, y sin manifestar el menor susto. Jamás me he quejado porque me despertase la hija de Pandion: nunca la he llamado *charlatana*, como Anacreonte; al contrario; siempre he saludado su vuelta con la canción de los hijos de la isla de Rodas: «Ya viene, ya viene la golondrina, trayendo el buen tiempo y los hermosos años: abrid, no despreciéis á la golondrina.»

«Francisco, me dijo mi convidada de Bischofsheim: mi bisabuela se anidaba en Combourg bajo los aleros de la torrecilla: tú la acompañabas todos los años en otoño, en los cañaverales del estanque, cuando soñabas por la noche con tu sílfide. Ella llegó á tu roca natal el día mismo, día en que te embarcabas para América. Mi abuela se anidaba en la ventana de Carlota: ocho años después llegó á Jaffa contigo: así lo consignaste en tu *Itinerario*. Mi madre, gorgojeando á la aurora, cayó un día por la chimenea, en tu despacho del *ministerio de Negocios Extranjeros*, y tú le abriste la ventana. Mi madre tuvo muchos hijos: yo que te estoy hablando soy de su último nido: ya te he encontrado en la antigua via de Tivoli en la campiña romana: ¿te acuerdas? Mis plumas eran tan negras y lustrosas. Me miras con tristeza. ¿Quieres que volemos juntos?»

«¡Ay, mi querida golondrina, que tan bien sabes mi historia! Eres linda en extremo; pero yo soy un pobre pájaro de muda, y no recobraré ya mis plumas; de consiguiente no puedo volar contigo. A tí te seria imposible llevarme tan cargado como estoy con mis penas y años. Y luego, ¿á dónde iríamos? La primavera y los hermosos climas no son ya de mi estacion. Para tí el aire y los amores; para mí la tierra y el aislamiento. Tú marchas: ¡que el rocío refresque tus alas; que una berga hospitalaria se presente á tu cansado vuelo, cuando atraveses el mar Jónico; que un octubre sereno te salve del naufragio! Saluda por mí á los olivos de Atenas y á las palmeras de Roseta. Si ya no existo cuando las flores te traigan de nuevo, te convidó á mi fúnebre banquete: vas al ponerse el sol á coger insectos en la yerba de mi tumba: como tú, he amado la libertad, y he vivido con poco.»

POSADA DE WIESEBACH.—UN ALEMAN Y SU MUJER.—MI VEJEZ.—HEIDELBERG.—PEREGRINOS.—RUINAS.—MANHEIM.

3 y 4 de junio de 1855.

Púseme en camino por tierra pocos momentos después de marcharse las golondrinas. La noche estaba encapotada; la luna se paseaba débil y desgastada entre nubes; mis ojos, medio dormidos, se cerraban mirándola, y me parecia como que espiraba á la luz misteriosa que ilumina las sombras: «Experimentaba cierta apacible pesadez precursora del último descanso.» (Manzoni.)

Detúveme en Wiesembach; posada solitaria, valle estrecho cultivado entre dos colinas pobladas de vegetacion. Un alemán de Brunswick, viajero como yo, que oyó pronunciar mi nombre, se acercó á mí, me

estrechó la mano, y me habló de mis obras; díjome que su mujer aprendía á leer francés en *El Genio del Cristianismo*. No cesaba de admirarse de mi *juventud*.—«Pero, añadió, es culpa de mi torpeza; por vuestras últimas obras debí creeros tan jóven como me lo parecéis.»

Mi vida se ha hallado mezclada á tantos sucesos, que tengo en la cabeza de mis lectores la antigüedad de esos sucesos mismos. Hablo con frecuencia de mi cabeza encanecida; este es un cálculo de mi amor propio, á fin de que exclamen al verme:—«¡Oh, no es tan viejo!» Está un bien con cabellos blancos; puede jactarse de ello; gloriarse de tener cabellos negros seria de muy mal gusto; ¡vaya un motivo de triunfo el ser tal como á uno lo hizo su madre! Pero ser tal como el tiempo, la desgracia y la sabiduría le han puesto, ¡eso sí que es hermoso! Mi astucia me ha salido bien algunas veces. Ultimamente un sacerdote deseó conocerme, y se quedó mudo al verme; recobrando al fin el uso de la palabra, exclamó:—«¡Caballero, todavía podreis combatir largo tiempo por la fe!»

Al pasar un día por Lyon, me escribió una dama rogándome que diese un asiento á su hija en mi carruaje y la condujese á París. La proposicion me pareció singular; pero, en fin, comprobada la firma, hallé ser la de una señora muy respetable, y respondí cortemente. La madre se presentó con su hija, divinidad de diez y seis años. Apenas fijó aquella en mí los ojos, se paso encarnada como una grana, y le abandonó su confianza.

«Perdonad, caballero, me dijo tartamudeando; no por eso me merecéis menos consideracion... Pero ya os hareis cargo que el bien parecer... Me he engañado... ¡es tal mi sorpresa!»

Yo insistí, mirando á mi futura compañera, que parecia reirse del debate, y me deshice en protestas de que tomara todos los cuidados imaginables por aquella linda niña; la madre me confundia á excusas y reverencias. Las dos damas se retiraron, y yo me quedé altamente satisfecho de haberles infundido tanto miedo. Durante algunas horas me creí rejuvenecido por la Aurora. La dama se habia figurado que el autor de *El Genio del Cristianismo* era un venerable abate de Chateaubriand, anciano bonachon, alto y enjuto, aficionado á tomar polvo en enorme caja de hoja de lata, y que podía muy bien encargarse de conducir á una inocente colegiala al Sagrado Corazon.

Contábase en Viena, hace dos ó tres lustros, que yo vivia solo, en cierto valle, llamado el valle de los Lobos. Mi casa estaba construida en una isla: cuando querian verme era preciso tocar una trompeta al lado opuesto del rio. (¡El rio de Chatenay!) Entonces miraba yo por un agujero: si la compañía me agradaba, cosa que apenas sucedia, iba yo mismo á buscarla en un barquichuelo, si no, no. Al anochecer sacaba mi barquilla del agua, y nadie entraba en mi isla. En realidad, hubiera debido vivir así: esa historia de Viena me ha encantado siempre: indudablemente no la inventó Mr. de Metternich: no era bastante amigo mio para eso.

Ignoro lo que el viajero alemán habrá dicho de mí á su mujer, ni si se habrá apresurado á desengañarla acerca de mi ancianidad. Temo tener los inconvenientes de los cabellos negros y de los cabellos blancos, y no ser ni bastante jóven ni bastante sabio. Por otra parte, en Wiesembach no estaba yo á propósito para coquetear: una triste brisa gemía bajo las puertas y en los corredores de la fonda: cuando sopla el viento, de nadie mas que de él me enamoro.

Desde Wiesembach á Heidelberg se sigue la corriente del Neckar, encajonada por colinas cubiertas de bosque sobre un banco de arena y de sulfato san-

guino: ¡qué de rios he visto correr! Encontré á unos peregrinos de Walthuren, que formaban dos filas paralelas á uno y otro lado del camino: los carruajes pasaban por en medio. Las mujeres caminaban con los piés descalzos, un rosario en la mano y un lio de ropa en la cabeza: los hombres con la cabeza descubierta y un rosario en la mano tambien. Estaba lloviendo: en algunos puntos las nubes acuosas subian por los costados de las colinas. Varios barcos cargados de madera bajaban por el rio y otros lo subian con velas ó á rem lque. En las cortaduras de las colinas se veian aldeas en los campos, en medio de ricas huertas adornadas con rosas de Bengala y matas de flores diferentes. Peregrinos, rogad por mi pobre reyecito: está desterrado y es inocente: principia su peregrinacion cuando vosotros llevais á cabo la vuestra y yo termino la mia. Si no debe reinar, siempre me servirá de alguna gloria haber atado los restos de tan gran fortuna á mi barca de salvamento. Solo Dios envia el buen viento y abre el puerto.

Al acercarse á Heidelberg, el lecho del Neckar, sembrado de rocas, se ensancha. Divisase el puerto de la ciudad y la ciudad misma, que presenta buen aspecto. El fondo del cuadro se halla terminado por un elevado horizonte terrestre, que parece cerrar el rio.

Un arco de triunfo de piedra encarnada anuncia la entrada de Heidelberg. A la izquierda, sobre una colina, se elevan las ruinas de un castillo de la edad media. A excepcion de su efecto pintoresco y de algunas tradiciones populares, los restos del tiempo gótico solo interesan á los pueblos de quienes son obra. ¿Se cuida un francés de los señores palatinos, de las princesas palatinas, por gruesas y blancas que fuesen, con ojos azules? Se los olvida por Santa Genoveva de Brabante. En estos restos modernos nada hay de comun con los pueblos modernos sino la fisonomía cristiana y el carácter feudal.

Otra cosa sucede (sin contar el sol) con los monumentos de Grecia y de Italia: estos pertenecen á todas las naciones; principian la historia de ellas: sus inscripciones están escritas en lenguas que todos los hombres civilizados conocen. Hasta las ruinas de la Italia renovada tienen un interés general, porque se ve en ellas la huella de las artes, y las artes caen bajo el dominio público de la sociedad. Un fresco del Dominicano ó del Ticiano que se borra, un palacio de Miguel Angel ó de Palladio que se derrumba, llenan de luto al genio de todos los siglos.

En Heidelberg se enseña un tonel desmesurado, coliseo ruinoso de los borrachos: al menos ningun cristiano ha perdido la vida en aquel anfiteatro de los vespasianos del Rhin; la razon sí: no es gran pérdida.

Al salir de Heidelberg se apartan las colinas de la derecha y la izquierda del Neckar, y se entra en una llanura. Una calzada tortuosa, que sobresale algunos piés del nivel de los sembrados, se dibuja entre dos filas de cerezos maltratados del viento, y de nogales insultados con frecuencia por el caminante.

A la entrada de Manheim se cruzan plantíos de lúpulo, cuyas largas estacas secas no se hallaban adornadas aun mas que en una tercera parte por la liana enmarañada. Juliano el Apóstata compuso un lindo epigrama contra la cerveza, que imitó con bastante elegancia el abate de la Bletterie:

«Tú no eres mas que un falso Baco: aténgome al verdadero.

«Que el gaula, apremiado por una sed eterna, por falta de uvas, haya acudido á las espigas, y elogie al hijo de Ceres. ¡Viva el hijo de Semele!»

Algunos vergeles, varios paseos de espesos sauces, forman el verde arrabal de Manheim. Las casas de la ciudad no tienen muchas de ellas mas que piso prin-

cipal. La calle Mayor es ancha, y está plantada de árboles: esta es también una ciudad caída. No me gusta el oro falso, y así es que nunca he querido oro de Manheim; pero seguramente tengo oro de Tolosa, á juzgar por los desastres de mi vida: ¿quién, no obstante, ha respetado más que yo el templo de Apolo?

EL RHIN.—EL PALATINADO.—EJÉRCITO ARISTOCRÁTICO: EJÉRCITO PLEBEYO.—CONVENTO Y CASTILLO.—MONTES TONERRE.—POSADA SOLITARIA.—KAISERSLANTERN.—SUEÑO.—PÁJAROS.—SAARBRUCK.

Crucé el Rhin á las dos de la tarde, á tiempo que



LAS DOS SEÑORAS EN LYON.

subía el río un barco de vapor. ¿Qué hubiera dicho César si hubiese encontrado una máquina semejante cuando construía su puente.

Al otro lado del Rhin, en frente de Manheim, se vuelve á hallar la Baviera por efecto de odiosos cortes y enredos de los tratados de París, Viena y Aquisgram. Cada cual se formó su parte con tijeras, sin miramiento á la razón, á la humanidad y á la justicia, sin cuidarse de la parte de población que caía en una boca real.

Recorriendo el Palatinado de la parte acá del Rhin, recordaba que este país formaba no ha mucho un departamento de Francia; que la blanca Galia estaba ceñida por el Rhin, banda azul de la Germania. Napoleón y la república, antes que él, habían realizado el sueño de muchos reyes nuestros, y especialmente de Luis XIV. En tanto que no ocupemos nuestras fronteras naturales habrá guerra en Europa, porque el interés de la conservación impulsa á Francia ágnar los límites necesarios á su independencia nacio-

nal. Aquí hemos dejado trofeos para reclamar en su tiempo y lugar.

La llanura entre el Rhin y los montes Tonerre es triste: el suelo y los hombres parecen decir que su suerte no está fijada; que no pertenecen á pueblo alguno, y no parece sino que aguardan nuevas invasiones de ejércitos, como nuevas inundaciones del río. Los germanos de Tácito devastaban grandes espacios en sus fronteras, y las dejaban despobladas entre ellas y los enemigos. ¡Desgraciadas las poblaciones limítrofes que cultivan los campos de batalla en donde deben encontrarse las naciones!

Al acercarme á.... vi un espectáculo melancólico: un bosque de pinos jóvenes de cinco á seis pies, cortados y atados en haces; una selva separada del suelo. He hablado del cementerio de Lucerna, en donde están reunidas aparte las sepulturas de los niños. Nunca he sentido con tanta viveza la necesidad de terminar mis viajes, de morir bajo la protección de una mano amiga aplicada á mi corazón, para interro-

garle cuando digan: «Ya no late.» Desde el borde de mi sepulcro querría poder echar una mirada retrospectiva de satisfacción sobre mis numerosos años, como un pontífice que llega al santuario bendice la larga fila de levitas que le sirvieron de acompañamiento.

Louvois incendió el Palatinado: desgraciadamente la mano que llevaba el hachón era la de Turena. La revolución ha devastado el mismo país, testigo y víctima sucesivamente de nuestras victorias aristocráticas y plebeyas. Basta el nombre de los guerreros para juzgar la diferencia de los tiempos. Por una parte Condé, Turena, Crequi, Luxemburgo, La Force, Villars; por otra Kellermann, Hoche, Pichegru, Moreau. No reneguemos de ninguno de nuestros triun-

fos: las glorias militares especialmente no han conocido más que enemigos de Francia, ni han tenido más que una opinión: sobre el campo de batalla el honor y el peligro nivelan las filas. Nuestros padres llamaban á la sangre que salía de una herida no mortal *sangre voluble*, frase característica de ese desden de la muerte, natural á los franceses en todos los siglos. Las instituciones no pueden cambiar nada de ese genio nacional. Los soldados que después de la muerte de Turena decían: «Que suelten la urraca, y acamparemos donde ella pare,» equivalían muy bien á los granaderos de Napoleón.

Desde las alturas de Dunkeim, primer baluarte de las Galias por este lado, se descubren asientos de reales y posiciones militares, desprovistas hoy de



REGRESO DE CHATEAUBRIAND Á FRANCIA.

soldados: burgundios, francos, godos, hunnos, suevos, oleadas del diluvio de los bárbaros, asaltaron sucesivamente aquellas alturas.

No lejos de Dunkeim se descubren las ruinas de un monasterio. Los monges encerrados en aquel retiro habían visto serpentear á sus pies numerosos ejércitos y dado hospitalidad á muchos guerreros: allí había terminado su vida algún cruzado, cambiando su yelmo por un sayal: allí hubo pasiones que llamaron al silencio y al descanso antes del último silencio y del último descanso. ¿Hallaron lo que buscaban? Esas ruinas no lo dirán.

Después de las ruinas del santuario de la paz, vie-

nen los escombros de la mansión de la guerra, bastiones, manteletes, cortinas y torreones demolidos. Las fortificaciones se hunden como los claustros. El castillo estaba emboscado en un sendero escabroso para cerrarlo al enemigo; pero no ha podido impedir el paso al tiempo ni á la muerte.

De Dunkeim á Frankenstein corta el camino un valle tan estrecho, que apenas deja espacio para el paso de un carruaje: los árboles que bajan de las dos pendientes opuestas se juntan y abrazan en la hondonada. Entre la Mesenia y la Arcadia he pasado por valles semejantes, si se exceptúa el hermoso camino. Pan no entendía de puentes y calzadas. Las retamas en